

EL LIBRO POSTUMO DE RODO *

Ordenando los manojos de papeles que Rodó dejó al partir sobre su mesa de trabajo, manos piadosas han entregado, al fin, al público, los "Últimos Motivos de Proteo". Tarde leo este libro, en el que se alargan los ecos de una voz que dio consejos a mi mocedad y materia de reflexión a muchas horas de mi madurez. Tarde, pero en instante propicio, reanudo un diálogo trunco con el maestro y el amigo. ¿Cómo ocultar que se ha mezclado a mi deseo de leerlo un temor? Recelo de ver cenizas esparcidas en sus páginas: que no hay llama que el tiempo no mate.

Fácil adivinar el pensamiento arquitectural de estos materiales, variaciones sobre temas ya desenvueltos en los primeros "Motivos", páginas que se emparejan con las mejor logradas de aquel libro y otras que el fino instinto de selección del escritor hubiera rehusado a la prensa; disertaciones sobre la vocación, sobre el dolor, sobre el amor; definición del crítico perfecto; ejemplos, apólogos, fábulas como la del rapto de Europa cuyo simbolismo intenta ajustar a las enseñanzas del discurso. A pesar de sus lagunas, es un libro en la entereza del vocablo. Tiene una proporción, cada trozo se inserta en un conjunto que ha podido ser reconstruido sin conjeturas ni vacilaciones. Poco quedaba por hacer, en verdad: borrar aquí una palabra o sustituirla, precisar allá un concepto; pulir

* *La Nación*. Buenos Aires, domingo 25 de junio de 1933.

acullá una frase: poca cosa. No osaría llamarlo, sin embargo, un libro enteramente nuevo. Algunas veces al leer en él nuevas variaciones de antiguos temas, tenemos la penosa sensación de apretar una fruta ya exprimida. Burlado quedaría quien esperase ahora sorprender al escritor en momentos de laxitud o de abandono, asistir a la viva, espontánea, desordenada germinación de su pensamiento. Todos los fragmentos están madurados a fuego lento. Faltan aquí, allí, el toque último, la cinceladura final: nada más.

Ahorro palabras que acusen y pongan de resalte la calidad egregia del libro, cien codos más alto que el gris periodismo que consume nuestras mejores energías. Su lectura evoca ideas e imágenes nutridas con los jugos de una cultura selecta, curiosa de muchas cosas y ávida de ninguna hasta el agotamiento; valoro la riqueza de su ejemplario, atesorado con libresca codicia. Pondera de nuevo Rodó la labor del estilo como una lidia encarnizada, casi frenética, con la palabra: disgusta oírle emplear a propósito de tal esfuerzo la expresión heroísmo, que debe ser reservada para más cruentas luchas humanas. Los giros de castiza rotundidad le son connaturales. Su procedimiento es evidente. Toma una idea y la exprime y razona con lento discurso; la revuelve entre los dedos como a una piedra preciosa, puliendo sus facetas con paciente virtuosismo. El pensamiento, en la apariencia suelto, errabundo, vuelve como un ritornelo al punto de partida. Obra que nace, está totalmente determinada, prevista.

Es un libro de un solo plano. Nada incitante, fermentativo. Sus límites son tan notorios como sus excelencias. Ni un movimiento de pasión, áspera y fuerte, de auténtica y filosa originalidad; su gravedad cons-

tante, y a la larga monótona, su pausado dominio del tema y del estilo, excluyen la ironía, la sonrisa, el claroscuro, la anécdota, todo lo que detrás del escritor nos dejaría adivinar al hombre. Este consejero no es un confidente. Brinda su saber; la flor de su pensamiento; ceta y recata su íntima personalidad. Clásico lo llama Zaldumbide: resta definir el concepto de clasicismo. Con esclarecida conciencia de sus virtudes y defectos tiende hacia un ideal de perfección indeficiente. ¿Quién podría desconocer las enseñanzas que encierra, particularmente en estas tierras de improvisadores, de gárrulas exuberancias, de hojosa y frívola retórica? Después de un período de destrucción violenta de todas las formas, de abominación de lo que tiene contornos nítidos y una claridad interior de razón y de lógica, se regresa inevitablemente, y acaso con la carga de fecundas adquisiciones, a la escuela de los modelos eternos que él realza. Este reconocimiento cordial de su valor y de lo que ha de significar su presencia en nuestra literatura americana, no me vedará añadir que después de recorrer esa suntuosa fábrica de su libro concluyo por recordar el palacio fabuloso de Midas, todo de oro: una extraña frialdad emana de los artesonados, las columnatas, los capiteles, los muebles de primorosa talla.

No podrá nunca ser popular mentor de intelectuales, sus lectores surgirán del seno de restrictas y sucesivas minorías. Concibe la sociedad como un orden jerarquizado: en la cúspide de esa jerarquía, como clave de bóveda una "élite" intelectual. No ignora al pueblo, pero no aspira tampoco a llegar directamente a él. Demócrata, no oculta la repulsión que le inspiran las deformaciones y vicios de muchas formas actuales de la democracia, ni su nostálgica

aspiración hacia formas más puras y justas. Su tarea es la de colaborar en la formación de la minoría de conductores y de educadores. ¿Inactual? Una visión poco inteligente de las cosas, que se detuviese en su superficie, cambiante y perecedera, induciría a subrayar con excesiva energía esta palabra. Concede la primacía a los problemas de la cultura, con demasiado olvido de los otros. Tentado me siento por momentos de acusar la indiferencia de este plácido discípulo de los humanistas, abstraído en su especulación sobre las vocaciones, mientras el suelo del universo parece trepidar bajo los cascos de los corceles de Atila. No cometeré el grueso yerro. Fincó su error en no comprender la paralela urgencia de los problemas: el económico, el social, el cultural. No cortó del todo las amarras que lo sujetaban al viejo individualismo caduco. Pero su ahincado estudio del problema de la vocación marca una línea directriz actual, excelente. La trascendencia no sólo individual sino social y política de tal investigación no podría exagerarse. Por mucho que se hayan ensanchado benéficamente las bases para el gobierno de las sociedades, y que aspiremos legítimamente a ensancharlas siempre más, es un hecho que en todas partes son minorías las que gobiernan a los pueblos.

Creyó Rodó, racionalista de estirpe, en la supremacía de lo intelectual sobre lo material y aun sobre lo técnico. Aconsejó la práctica del método secular de la introspección, el examen de conciencia, el sondeo del alma propia. Campea en el centro de su enseñanza la máxima, vieja como el mundo, que Gracián acuñó con aquel denso laconismo que es marca de su genio: "ser dueño de sí mismo es el mayor señorío". Anotemos de paso que Rodó no supo de ese apretado

modo de decir, ni abrevió máximas como ésas que se hincan como garfios en las ideas. Su "reformarse es vivir" estaba ya escrito por muchos.

Otros hablaron del sentimiento trágico de la vida; en él predominó siempre el sentimiento estético de la vida. La vio como un espectáculo; no la sufrió como un drama. Fáltale por eso el pesimismo acre y remozador de los que de veras se han asomado a los abismos del corazón humano. Cosechó ejemplos en las historias para ilustrar sus disertaciones; pero contrastó deficientemente con la experiencia y el análisis personal las enseñanzas de sus libros. La ilusión del indefinido progreso, a la que rindió su juvenil esperanza, aparece sombreada en sus escritos postreros. Acaso, de vivir el escritor, hubiéramos asistido a la expansión de los gérmenes de pesimismo que apuntan en su único libro de polémica que termina interrogándose si el mundo no estará destinado a presenciar la derrota de su ideal de libertad, de tolerancia, de orden basado en el predominio de la razón, aplastado bajo las plantas de nuevos Césares o sumergido por las avalanchas de las desbordadas muchedumbres. ¿En qué hubiera parado su feliz equilibrio al ver derrumbarse su quimera humanista de un mundo nacido de la conciliación definitiva, de la moral cristiana y de la idea griega? Los caminos del porvenir están hoy más poblados de sombras que en los años en que él clamaba, con fervor casi mesiánico, por "El que vendrá". El mundo se estremece ante la amenaza de una nueva barbarie que irrumpe armada de todas las armas forjadas por la cultura y por la ciencia occidentales.

Me pregunto cómo pudo Rodó escribir tan densos libros explorando los caminos de las vocaciones sin

plantear de lleno en ningún momento el problema esencial del destino humano. Claro que no le exigió una filosofía, ni un sistema, ni una confesión siquiera. Me contentaría con un resquicio abierto por donde aprender su manera íntima de sentir la vida, su fe, su negación, su duda, su esperanza. Pudo hacer tan larga ruta, siempre bordeando el problema abismático, sin que el sentimiento del esencial misterio estallara ni una vez con patética violencia en sus páginas. Verdad que este vacío no se oculta a su lucidez intelectual: "esta común falsedad, escribe serenamente, que consiste en olvidarse del misterio del mundo y desdeñar las voces graves con que las cosas que nos rodean nos preguntan sobre la sombra de donde salimos y la sombra adonde vamos; esa falsedad que nos encierra dentro de lo temporal y sensible, sin una nostalgia de lo alto, quizá sin una emoción de idealidad y de ternura, ¿quién la deshace como el dolor?... ¿Cuándo se piensa más en lo que sale fuera de la averiguación de las cosas naturales que cuando la amargura del corazón sube a provocar ese inmortal apetito de la mente?" Reflexiones, demasiado serenas, de su cordura, zumos de su sapiencia; no voces de su anhelo, de su amor o de su negación. En el círculo de claridad de la razón se dilata armoniosamente su pensamiento; no se abre a la noche cósmica.

Renán, se ha repetido con excesiva frecuencia. Ahora lo siento más cerca del geométrico Taine. Renán sin la bruma láctea que baña su pensamiento; sin el corazón acunado a la sombra de la catedral materna, sin el campaneó de una If sumergida, ni el don de lágrimas del alma bretona. Remontándonos a los grandes antecesores, diría que pertenece a la posteridad de Leonardo; no a la del atormentado Miguel Angel.

Antes, me fue su libro fuente de calladas voluptuosidades. Hoy, que le pido consejos para escudo del corazón, aunque duela a mi afecto, debo confesar en cuán ancha medida me ha defraudado. Me enseñó a levantar la mira; a amar las cosas del espíritu y, ante la invasión del materialismo fenicio, quiso restaurar el sentido estimulante de las palabras desinterés, idealidad. Tengo aún hoy motivos para agradecerle la autoridad con que amparó a los sueños de mi juventud, que puedo no haber realizado, que sin duda no supe realizar, pero a los que jamás he traicionado. Muy pronto vi la urgencia de revisar también esto: más que al arrullo voluptuoso de un vago idealismo, es preciso rendirse al imperativo de un deber, de una idea moral capaz de engendrar esos deberes concretos y penosos que son la sal de la vida. Aunque cada día me aleje más de Rodó, no olvidaré el gesto aquel inolvidable con que alzó su lámpara para alumbrar a mi adolescencia la entrada del reino interior.